



UNA, DOS, TRES
HISTORIAS QUE
NUNCA OLVIDARÁS

Manuel Martín Olvera Ayala

UNA, DOS, TRES
HISTORIAS QUE
NUNCA OLVIDARÁS



Primera edición: enero 2022

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Manuel Martín Olvera Ayala

ISBN: 978-84-19151-10-0

ISBN digital: 978-84-19151-11-7

Depósito legal: M-37105-2021

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi madre por sus genuinos y sinceros buenos deseos que me
han acompañado y motivado toda la vida.*

*Para mi esposa Sandy por su incondicional e incansable
apoyo técnico y moral en mi naciente sueño de autor.*

*Para mis dos sobrinos y ahijados; Andrea y Saúl,
ambos de gran nobleza, generosidad e inteligencia; merecedores
de toda mi admiración y respeto.*

*Y, por último, para mi prima Rosa Ayala y nuestra
amiga Paty Navarro; ambas de inmensa abnegación y sacrificio,
incomparable calidad humana y tenaz determinación, han
logrado, cada una de ellas, rescatar de las calles o del maltrato,
del hambre y del frío a más de diez perritos, brindándoles
sustento, refugio y amor.*

*Para todas estas grandes personas y mejores seres
humanos va dedicada mi obra.*

UNA PRIMAVERA EN LA LUNA

HISTORIA 1

Un día del año 1967, nació Manuel Daniel Estrella Luna, en un pintoresco pueblito del Estado de Michoacán, México, llamado Jacona. Hijo de Aurora; madre soltera y con una sola hermana, Alba; un año mayor que él. Manuel Daniel desde que tuvo uso de razón consideró a su madre y hermana como sus dos luceros, siendo querido y consentido por ambas desde su infancia. Su familia, así como sus maestros y amigos comenzaron a llamarle Maniel; abreviando y conjuntando así sus dos nombres. Desde muy corta edad, Maniel mostró gran interés por la lectura, especialmente la de contenido místico, esotérico o sobrenatural, a tal grado, que, a sus apenas doce años, y por su precaria situación económica, Maniel aquilataba y administraba cada peso que su madre podía darle; de su bajo sueldo como trabajadora doméstica, para adquirir las revistas o libros que más pudiera; de los temas que lo apasionaban, y que, a fines de los años setenta, eran la moda de la literatura. Era muy común pues, ver a aquel chiquillo larguirucho, pelo castaño lacio; de melena y ojos grandes y vivaces, intercambiar ideas y material de lectura de este tipo con personas mucho mayores que él, y debatir incluso acaloradamente con ellos. Varias fueron las llamadas de atención de parte de su madre y maestros por sobreponer esos temas de estudio a sus clases ordinarias, y, a pesar de poseer una inteligencia intuitiva y perspicaz,

Maniel siempre se caracterizó por sus mediocres calificaciones escolares. Ensimismado en su mundo de fantasía, Maniel soñaba poder levitar y con alfombra mágica, volar y surcar los aires, también, con dominar la mente y poderse comunicar con los demás por telepatía, creía en las vidas pasadas y su mayor ilusión era conocer las suyas, porque estaba convencido de que todos los seres humanos, nacen con una misión en la vida, determinada por sus pasadas existencias. Para él, su misión sin duda, era muy especial y valiosa. Pero, sobre todo, estaba obsesionado con el viaje astral; poder salir de su cuerpo físico y etéreamente conocer sitios remotos, planetas o estrellas lejanas, era su mayor deseo. Él haría cuanto experimento se le atravesara para lograr ese objetivo.

Aquella fresca mañana del 20 de marzo de 1979, víspera de primavera, fue excepcional para el chico, y al salir hacia la escuela Secundaria junto con su hermana Alba, el trayecto de casi un kilómetro de camino rural que debían andar para llegar a su centro de estudios, resultó mágico; pues él sentía que todos los animales del camino volteaban a mirarlo, desde pájaros, ardillas, ranas, conejos, hasta minúsculos saltamontes o gusanos que él ni siquiera veía, pero, sí presentía sus miradas fijas en él. Además, claramente percibía a su paso, que las flores torcían sus tallos como para mirarlo, y que los árboles agitaban levemente sus ramas como brindándole una reverencia.

—¿Los ves, Alba?, ¿sientes tú lo que yo siento, hermana? —preguntó Maniel a la muchacha.

—¿Qué cosa? —le contestó ella con gran indiferencia.

—¡A los animales! ¡A las flores! ¡A los árboles que me miran! —exclamó el pequeño.

A lo que Alba respondió:

—Estás chiflado, Maniel, mejor prepárate para tu examen de matemáticas, me dijiste ayer, que hoy lo tenías, ¿no es así?

—Tienes razón hermana, ¡lo olvidé por completo! —contestó el olvidadizo muchacho.

—¡Te lo digo! Por estar tan metido en tus fantasías, ¡andas en la luna hermanito! —lo reprendió ella.

El resto de esa mañana, el niño estuvo más distraído y exaltado que de costumbre: era como si ya presintiera un día único y especial. Al término de las clases, pidió a Alba que lo acompañara a la librería del centro del pueblo a comprar la revista *Súper mente*, que ese día salía, a lo que la joven accedió y ambos se encaminaron al sitio. Llegando a la librería, Maniel buscó inquieto con la mirada la revista que desea, y, al verla por fin, casi trastabilla al abalanzarse por ella, saca de su bolsillo las monedas para pagar, pero, por una extraña curiosidad, abrió la revista, cosa que nunca hace; más que nada por el atemorizante letrero en la pared; de grandes letras rojas que advertía: «NO HOJEAR ANTES DE COMPRAR». Justo en la página abierta, llama poderosamente la atención de Maniel, un pequeño artículo perdido en una de las hojas; escrito totalmente en letras doradas con un encabezado que reza: «FÓRMULA PARA SALIR EN ASTRAL». Pero, el embeleso de Maniel, es abruptamente cortado por la voz ronca del encargado de la librería, quién preguntó:

—¿Va a comprarla, joven?

—Sí, sí, claro —balbucea el chico, y casi sin aliento por la emoción, Maniel paga la revista y sale de la librería, olvidándose por completo de Alba, quién airadamente le reprocha:

—¡Espera, Maniel! ¿Será posible que olvidaras que vengo contigo?

—Lo siento mucho, hermana —contesta Maniel, y añade sumamente avergonzado—, es que me urge llegar a casa —y, sin dejar de friccionar la revista contra su pecho, termina tajante—ya después te explico.

Sin más palabras, ambos prosiguen el regreso a casa, en el más absoluto silencio y ante el total desconcierto de la muchacha. Tan solo entrar a su habitación, Maniel busca afanosamente el artículo de su interés, y, al encontrarlo, empieza a leerlo con suma avidez: «Aquí les daremos una fórmula para salir en astral y vivir una experiencia única, primero, deberá adquirir los siguientes elementos...». Al terminar de leer el artículo y fascinado aún por su contenido; al tiempo que imagina ya un mundo de sueños fantásticos que pudieran realizarse, Maniel solo murmura para sí, «una fórmula para salir en astral!... ¡Una fórmula!».

Terminada aquella sublime ensoñación, Maniel nota que la fórmula contabiliza 21 elementos; algunos son frutos, flores, plantas, raíces o raras sustancias: como la creolina, que habrá que conseguir, traer y preparar, para lograr un raro ungüento; el que deberá aplicarse en todo su cuerpo. Además, esta fórmula viene condicionada con

un importante detalle: solo servirá si se prepara tal y cual se indica; sin variación alguna de pesos y medidas, pero, sobre todo, para ser efectiva, deberá ser aplicada antes del primer segundo de ese 21 de marzo; primer día de esa entrante primavera. Siendo las 3 de la tarde del 20 de marzo, Maniel sabe que solo tiene escasas 9 horas para conseguir todo el material y prepararlo a consciencia, si en verdad desea salir de la duda, y comprobar si servirá para experimentar su más íntimo y recalcitrante deseo: salir en astral. Más raro que aquella extraña mezcla de la fórmula, es para Maniel el hecho de que la revista hubiera salido apenas ese día, y publicado tan importante experimento, con tan solo unas horas para llevarlo a cabo. ¿Quién lo escribió?, no lo firmaba autor alguno. ¿Qué tan serio sería?, Maniel no lo sabía, pero vagamente intuía que era algo personal; muy importante para su vida, sentía que sería como una ardua prueba que comprobaría su templanza. Así que, llenándose de una positiva actitud, sin perder un segundo más, hace la lista de los 21 ingredientes de la fórmula, y decididamente se dirige hacia su ropero; abre una de sus puertas y saca de un rincón de su interior su preciada alcancía; en forma de gracioso cochinito rosado. Sin miramiento alguno, lo quiebra contra el piso, recoge cada una de las monedas; que son sus ahorros de meses, poniéndolas en una bolsita de tela, la introduce a su bolsillo. Tomando la lista de los ingredientes, su navajilla multifunción y una de sus mochilas para la recolección, sale de su casa sin ser notado ni comunicarle a nadie. Alba, al advertir que Maniel

salió sin siquiera comer, entra a su cuarto, intrigada por la curiosidad. Primero, nota los pedazos de la alcancía rota y los recoge con sumo cuidado, después, sobre la cama, ve la revista que Maniel compró y con gran curiosidad la hojea minuciosamente. Inexplicablemente, el artículo de la fórmula ha desaparecido en la revista y en su lugar se aprecia un promocional cualquiera. Al no encontrar nada extraordinario, Alba solo piensa, «¡Ah, que mi hermanito!, se llevó todos sus ahorros, no entiendo, ¿qué necesitará comprar?, en fin, solo espero que no los vaya a malgastar en una de sus tantas niñerías».

Esa tarde, el tiempo continuó su marcha inexorable y para Maniel resultó vertiginoso y caótico, tan solo salir de su casa, traza mentalmente el itinerario del resto del día. «Primero, voy a pasar a la casa de los Ramírez, en su jardín de enfrente he visto que tienen muchas dalias, y yo necesito los pétalos de 3 de esas flores, luego, pasaré al mercado por los ajos, aguacates y demás frutas, de ahí, iré hasta el «Lago Orandino»; por los helechos y el musgo, después, iré al «Cerro Curutarán»; para conseguir las raíces de huizache, las espigas de pochote y las otras plantas. En la tienda de abarrotes, compraré la manteca vegetal, el aceite de oliva y el café que requiero. Adquiriré en la farmacia la lecitina, alcohol y suero, y, por último, espero encontrar la creolina y el carbonato de magnesio en la tienda de don Chayo; que tiene de todo y cierra hasta muy noche». Satisfecho con el inventario que hace, Maniel respira hondo y murmura, «sí, sí, creo que puedo conseguir todo, ahora, solo espero que Diosito me ayude para que tiempo y dinero me alcancen».

Faltaban 20 minutos para las 10 de esa noche, cuando Maniel llega a su casa con atiborrada mochila: pálido, agitado y con voz débil y apagada saluda a su madre y hermana.

—¡Hola, mamá! Ya llegué. ¡Hola, Alba!

Aurora, al percatarse del aspecto que trae su hijo, lo reprende:

—¡Maniel, qué demacrado vienes! Seguro no has comido; voy a calentarte la cena...

—No, mamá —contesta el niño— cenaré solo un vaso de leche con un pan, porque, aún tengo cosas que hacer.

Su madre quiso replicar, pero, Alba se adelanta a decir:

—Sí, mamá, dejemos a Maniel que haga lo que tenga que hacer, a lo mejor es vital para él.

Maniel, engulle el pan y la leche, va al baño, se lava la boca y sin emitir palabra, comienza a introducir en su cuarto utensilios de cocina como: licuadora, cuchillo, una pequeña estufa eléctrica, unas ollas, cacerolas y un balde con agua, además, en medio vaso con agua pone los pétalos de las dalias y junto con su mochila, es lo último que ingresa al cuarto. Dando las buenas noches, cierra de nuevo la puerta de su cuarto por dentro, ante la atónita mirada de las dos mujeres, que solo se encogen de hombros.

Son las 10 de la noche con 10 minutos cuando Maniel, aún débil por su ajetreado día, comienza la frenética consumación de su proyecto, motivado todo por las fantasías que revolotean en su cabeza como mariposas y que lo ha-

cen sacar fuerzas de flaqueza. Sacando de la mochila los ingredientes de la lista, además de una pequeña báscula digital que consiguió con don Chayo; el tendero, empieza a cortar, pesar, moler, hervir y mezclar, hasta que siendo las 11 con 45 minutos de esa noche, Maniel mira fascinado aquella tibia masa color marrón; de aproximadamente 2 kilogramos, que reposa en una cacerola y que logró hacer en tiempo y forma; producto de aquella insólita receta. Pero, su fascinación solo dura unos segundos, ya que al voltear a ver nervioso el reloj de pared de su cuarto, se da cuenta de que solo le quedan escasos minutos para realizar el último paso que lo consumaría todo, y tal vez, lo llevaría a una aventura inimaginable. A pesar de que su cuarto quedó hecho un caos; convertido casi en un chiquero: utensilios, hojas y sobrantes de los ingredientes regados por doquier, Maniel no tiene ahora miramientos para la limpieza. Ahora solo piensa en cada segundo que pasa y apuñala al tiempo sin piedad, así que, procede a quitarse toda la ropa; hallándose completamente desnudo, comienza a aplicarse aquella especie de pomada, siguiendo rigurosamente las especificaciones de la fórmula: desde el cuero cabelludo y sobre el pelo; como gel, hasta las plantas de los pies y por cada centímetro de su cuerpo. Solo faltaban escasos 60 segundos para las 12 de la noche, cuando Maniel terminó de aplicarse la substancia, recostándose sobre la cama boca arriba, como era la indicación. Serían quizás los efectos de aquel unguento, que solo pasaron unos pocos minutos para que Maniel cayera en un pesado y profundo sueño, cruzando el puente hacia la inconsciencia.

Un extraño y agudo zumbido taladra la cabeza de Maniel penetrando por sus oídos, su cuerpo se revuelve por espasmos que lo recorren de pies a cabeza por unos 6 segundos, luego, un total y espectral silencio, poco a poco, empieza a recobrar la consciencia. Al abrir sus ojos, hiere levemente sus pupilas una luz blanca como nieve que inunda todo su cuarto, penetrando por la única ventana del mismo, se despabila muy lentamente e igualmente se incorpora; es como si hubiera dormido por años y siente huesos y músculos doloridos. Conserva algunos rastros de la substancia que se untó la noche anterior, que le hacen recordar los hechos pasados, pero, son rastros muy leves; es como si una febril sudoración durante su inconsciencia, hubiera invadido su cuerpo, y, a punto de ebullición, evaporara aquella densa capa de unguento que lo recubría. Mientras se viste, comienza a tomar clara dimensión de la realidad. «¡Debe ser tardísimo! ¡La escuela!», piensa alarmado, volteando a ver el reloj de pared; las manecillas están justo dando las 3 y el mecanismo muerto. «¡Las 3 de la tarde!», razona aún más alarmado por la claridad del entorno que percibe, y, para corroborarlo mejor, observando la posición del Sol, se dirige hacia su ventana. Al abrirla, casi se va de espaldas por la irreal y fantástica vista que se retrata ante sus ojos: una colosal esfera blanca posada frente a él, y, decenas, quizás cientos de minúsculas sombras en forma de platillos, que parecieran ser escupidos desde toda la superficie de la esfera. Aquellos chorros de platillos siguen brotando unos instantes más, hasta que se dispersan y difuminan por do-

quier, ante un anonadado Maniel que intenta darle lógica a lo que está presenciando. Aquella esfera no podría ser el Sol, pues puede verla sin problema alguno para sus ojos, además, el poco entorno que puede verse y que por la ventana la enmarca, es oscuro, y sobre ese manto oscuro, se nota el leve parpadear de algunas estrellas, «Entonces, ¡es la Luna!», piensa Maniel, «y no son las 3 de la tarde, sino de la mañana, pero, ¡sería imposible!», vuelve a razonar, «si fuera la Luna, por su enorme tamaño, debió moverse miles de kilómetros. A menos que la fórmula haya funcionado y...», se pellizca un brazo y el dolor que siente le confirma lo real de la situación. Solo hasta ese momento recuerda con pendiente a su madre y hermana; como tromba, sale de su cuarto a buscarlas, encontrándolas profundamente dormidas en sus lechos, decide no molestarlas y mejor averiguar por sí mismo qué es lo que está pasando afuera. Antes de salir a la calle, se pone un suéter ligero, porque a pesar de la blanquecina claridad que confunde, se siente aún el frío de la madrugada.

Maniel camina sin rumbo fijo por aquel pasaje surrealista, donde la total falta de sonido y movimiento, son increíbles. En algunos tejados de las casas, Maniel advierte algunos gatos, que, como gárgolas; permanecen totalmente inmóviles. Ya en el camino rural que toma, al niño sigue asombrándole la realidad que experimenta; no escucha ni cantos de gallos, ni grillos, ni ranas; todo permanece en un sepulcral silencio. Nada se mueve tampoco en el camino; una ardilla incluso que lo atravesaba, quedó ahí: petrificada. Maniel pasa y la acaricia, sin que

haya reacción alguna por parte del animalito. Aquella desolación empieza a asustar un poco al chico, pero continúa caminando. Se detiene por fin al llegar a «La Presa de la Luz» hermoso acuífero de la localidad; rodeado de fresnos y sauces. La inmensa luna que se refleja sobre aquel espacio líquido, tiñe color plata completamente al manantial, creando un dibujo de belleza excepcional, jamás imaginado siquiera por el pintor más creativo. Maniel voltea su mirada al cielo, comprobando de nuevo que todo aquello es real; la colosal luna sigue varada en el horizonte. En eso, advierte un pequeño punto que se mueve desde ella, al continuar moviéndose, va agrandando su tamaño. Sin duda, es igual que los extraños objetos voladores de forma discoidal, que comenzada su experiencia parecían expulsados a chorros por el astro. Pero, este no se difumina, al contrario, parece avanzar hacia él hasta detenerse suspendido en el aire, a escasos 50 metros de distancia.. Impávido y boquiabierto, Maniel escudriña el extraño platillo volador, de aproximadamente 10 metros de diámetro, de color dorado brillante; como si fuera de oro pulido y haces de luces multicolores, asemejando aspas de trozos de arcoíris, sobre una cúpula redondeada que alcanza los 3 metros de altura. De pronto, algo se desprende de la nave bajando suavemente, hasta posarse sobre el suelo a 5 metros del chico, quién curioso se acerca para ver de qué se trata; es una especie de forma rectangular de 1 por 1.5 metros de color verde limón y de un material como de espuma y gas; que en conjunto pareciera un tapete hecho de algodón de azúcar. Pudien-

do más su curiosidad que su miedo y tomando como una invitación el acercamiento del objeto, Maniel salta a él, y, al hacerlo, un poderoso magnetismo lo fija a este. Enseguida, comienza a elevarse, de la misma manera que bajó; muy suavemente y el chico casi conmociona de éxtasis al verse levitando. El objeto se dirige a la nave y, Maniel, desde las alturas, emocionado, mira hacia abajo, guardando como una fotografía en su memoria, el panorama de la desolada, pero amada Tierra que está dejando.

Una escotilla de la nave abre para dar paso al tapete volador, que, junto con Maniel, ingresan a un primer compartimiento, donde un haz de luz realiza un barrido de desinfección. La escotilla cierra automáticamente, en tanto, una segunda puerta abre de forma horizontal. El tapete suspendido 5 centímetros del piso de la nave avanza al interior de esta, y es aquí que el magnetismo que retenía todo el cuerpo de Maniel al tapete, deja de hacerlo, entonces, baja de él. Tan absorto estaba en la entrada a la nave y en su diseño interior, que, apenas se da cuenta cuando 2 figuras altas y delgadas aparecen repentinamente, saliendo de 2 cilindros cristalinos ajustados al centro de la nave. Se presentan a Maniel hablando perfecto español.

—¡Hola, Maniel!, mi nombre es Azara, no tengas ningún miedo, somos seres de paz —habla la que parece una hermosa mujer, de unos 38 años, tez blanca, altísima: de 1.90 metros, estilizada figura y facciones muy finas; como de muñeca de porcelana y pelo lacio largo de color negro azabache, que casi le llega hasta su cintura.